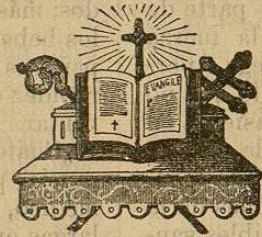


Sres. cap. D. Cosme Santana.
 " " " Anastasio Limon.
 " " " Juan Castillo.
 " " " Gonzalo Ornelas.
 " " " Juan N. de la Torre.
 " " " José Arnulfo Jimenez.
 " " Lic. D. Filiberto Hernandez.
 " " " D. Jesus Chavez.
 " " " Jesus de la Fuente.
 " " " Lauro Jáuregui.
 " " " Othon Larios.
 " " " Filiberto Rodriguez.
 " " " Francisco Rodriguez.
 " Presb. " José Elías Soto.
 " " " Salvador Rodriguez.
 " " " Luis Becerra.
 " " " Ildefonso Ruiz.
 " " " Fermin Larios.
 " " " Florentino Munguía.
 " " " Gorgonio Elizondo.
 " " " Quirino Pérez.
 " " " Hipólito Carmona.
 " " " Camilo Castellanos.
 " " " Juan Siordia Rios.
 " " " Juan Gonzalez.
 " " " Jesus Curiel.
 " " " Miguel I. Ortega.
 " " " Carlos M. López.
 " " " Juan Magdaleno Jimenez.
 " " " Eusebio Cervantes.
 " " " Miguel Pérez Rubio.
 " " " Perfecto Cosio.
 " " " Gil Lambaren.
 " " " Vicente Michel.
 " " " Rafael Aguirre.
 " " " Guadalupe Garibay.
 " " " Herculano Paz.
 " " " Francisco Esquivel.
 " " " Silvestre Loreto.
 " " " Hilario Navarro.
 " " " José S. Navarro.
 " " " Atanasio Rodriguez.
 " " " Andrés Flores.
 " " " Cayetano Becerra.
 " " " Roman Dominguez.
 " " " Estéban Maldonado.
 " " " Jacobo Ruvalcaba.
 " " " Jesus Nuñez.
 " " " Juan Rodriguez.
 " Diác. " Luis Macías.
 " " " Prisciliano Rojo.

Sr. Diác. D. Ignacio García.
 " " " Silvino Ramirez.
 " " " Refugio Lepe.
 " " " Timoteo M. del Campo.
 " " " Ramon Flores.
 " " " Jesus Valadez.
 " " " Jesus Hueso.
 " " " Andrés Larios.
 " " " Cayetano Gómez.
 " " " Melesio Andrade.
 " " " Jesus Rivera.
 " " " Feliciano Arochi.
 " " " Manuel López.
 " Subd. " Alberto Romero.
 " " " David Velazco.
 " " " Rumualdo Espinosa.
 " " " Roman Adame.
 " " " Juan Avelar.
 " " " Andrés Castañon.
 " " " Francisco Ballesteros.
 " " " Isaac Pérez.
 " Men. " Enrique Torres.
 " " " Manuel Alatorre.
 " " " Abraham López.
 " " " Alejo Carvajal.
 " " " Emeterio Gonzalez.
 " " " Manuel Avellaneda.
 " " " Marcelino Hernández.
 " " " Mariano Meza.
 " " " Marcos Ruiz.
 " " " Carlos López.
 " " " Ascension García.
 " " " Dionisio Gómez.
 " " " Luciano Barreto.
 " " " Francisco Gonzalez.
 " " " Andrés Ruelas.
 " " " Francisco Palos.
 " " " José S. Magallanes.
 " " " Tomás Silva.
 " " " Jesus Manjarrés.
 " " " Ricardo Gonzalez.
 " " " Antonio Ponce.
 " Secul. Ord. Arnulfo Cuevas.
 " " " Rafael Sandoval.
 " " " Narciso Cuevas.
 " " " José Sanchez.
 " " " Celso Galindo.
 " " " José Parra.
 " " " Jacinto García.

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI. GUADALAJARA, NOVIEMBRE 22 DE 1889. NUM. 22.

SECCION III.—Variedades.

CARTA PASTORAL

del Ilmo. Sr. Arzobispo de Chile, sobre la intemperancia en la bebida.

(Continúa.)

Pero á todos estos males, debe agregarse el peligro inminente y gravísimo de condenacion en que se encuentran los viciosos. No ignorais, amados diocesanos, que el hombre que no está en su sano juicio, es incapaz de recibir la absolucion de sus pecados; de manera que si por algunos de los fatales accidentes á que expone la embriaguez, se hallase un hombre en trance de muerte, el sacerdote no podría absolverlo y moriría en su pecado. Todos los vicios dejan la esperanza de salvacion, porque ninguno apaga la luz de la razon ó inhabilita para el arrepentimiento: sólo el de la embriaguez cierra por esta causa las puertas de la misericordia y de la reconciliacion. Por esto ha podido decir con razon San Hilario de Poitiers: "que la embriaguez es una muerte anticipada, y aquel que es víctima de ella, es cadáver animado." Es ciertamente una muerte del alma, porque no sólo la priva de la gracia, que es su vida, sino que la imposibilita para recobrarla mientras se encuentra bajo la influencia de este vicio. ¿Y qué otra cosa que cadáver es

un hombre que no vive vida racional y que carece hasta de la libertad del movimiento? "La embriaguez, dice San Agustín, es dulce veneno, y aquel que llega á ser su víctima, no es dueño de sí mismo: no solamente comete un pecado cuando se embriaga, sino que todo en él es pecado."

No es ménos deplorable el daño que causa este vicio á las potencias intelectuales del hombre. Y no nos referimos solamente al efecto pasajero de la pérdida de la razon, consecuencia inmediata de la embriaguez, sino á los efectos permanentes que suele producir en las facultades intelectuales.

Una larga y constante experiencia demuestra que con el uso frecuente y excesivo del licor, la inteligencia va perdiendo su vigor y fuerza de concepcion é imposibilitándose para discurrir sobre asuntos que reclaman alguna atencion. La memoria se debilita hasta el punto de perder todo recuerdo; las ideas se trastruecan y confunden, y la imaginacion, que el alcohol excita momentáneamente, va entorpecándose con rapidez y haciéndose cada vez más impotente para comprender y producir la belleza. Este progresivo deterioro de las potencias intelectuales, tiene en un gran número por término la locura ó el embrutecimiento. "La embriaguez, dice Plutarco, habita en compañía de la locura y del furor." Hay autores dignos de respeto que aseguran que más de la mitad de las enagenaciones mentales son cau-

sadas por el abuso del vino, especialmente en países en que, como en el nuestro, la bebida entra á formar parte de los hábitos populares. Con la fuerza siempre creciente del hábito, llega á perderse el pensamiento de todo lo que no es bebida, y esta sola idea se asienta en su mente con la tenacidad de la monomanía. Así, pues, el idiotismo ó la locura, las dos más tristes situaciones de la vida, suelen ser una de las terribles sanciones con que Dios castiga en este mundo el vicio degradante de la embriaguez.

En cuanto á sus efectos físicos, nada mejor podríamos hacer que invocar el autorizado testimonio de los hombres de la ciencia, todos los cuales están contentes en afirmar que la bebida excesiva es germen de un gran número de enfermedades que conducen á la muerte.

Baste como comprobacion el testimonio del sabio doctor Descuret, en su excelente obra intitulada *La Medicina de las Pasiones*. Las enfermedades, dice, procedentes de la embriaguez, varían según la antigüedad de ésta, así como la particular disposicion de los individuos á contraer esta ó aquella afeccion, con la calidad de las bebidas que se usan, y la cantidad que se absorbe de las mismas y el clima en que se vive. Así, en unos el estómago se vuelve perezoso y las digestiones son lánguidas y penosas; en otros adquiere una susceptibilidad tal, que no puede conservar la menor cantidad de alimento.

Desarrolláanse á menudo accesos de epilepsia, que al principio son pasajeros, pero que no tardan en degenerar en un temblor general, en la parálisis, en la hipocondría en el hombre, en el histerismo en la mujer, y en la manía y demencia en ambos sexos. Altiéranse las funciones de la respiración, de la circulación y de la piel, fatigáanse el pulmón, obligado como se halla á elaborar enormes cantidades de alcohol, viniendo de aquí congestiones. Pero el más terrible compañero de la embriaguez, ó por mejor decir, la más común terminacion de este funesto vicio es la apoplejía. Nadie ignora que más de una vez

se han suspendido festines por una desgracia acontecida á uno de los convidados; más de una vez se han aterrorizado los bebedores al ver á uno de sus compañeros caer en medio de ellos con la rapidez del rayo para no volverse á levantar.

¿Cuáles son los frutos de la intemperancia? pregunta un antiguo y famoso médico, y responde: contraer algunas largas enfermedades, y amargos y ordinariamente inútiles pesares. (1)

Se ha observado que una gran parte de las muertes repentinas y de suicidios, se verifican durante la embriaguez, y que las epidemias, y entre éstas el cólera morbo, se ceban con especialidad en los que viven entregados á este vicio. Visítad los hospitales, asilos abiertos por la mano de la caridad para las miserias del cuerpo, y preguntad quién ha puesto á buen número de esos en el duro lecho en que se agita la fiebre y reina el insomnio, y ellos mismos os responderán que la destemplanza en la bebida. Raros son los que llegan á la ancianidad; y para los que no sucumben al vicio en edad temprana, la vejez es una carga de dolores y de miserias, frutos amargos del vicio inveterado.

¡Y qué repugnante es el espectáculo de un hombre embriagado! Su frente se inclina á la tierra como si el peso del vicio lo obligara á poner en ella el fin de sus esperanzas; sus ojos pierden el brillo, que es reflejo de la luz de la inteligencia, y su mirada lánguida y extraviada parece ser la última llamarada de la vida; su boca entreabierta y sus labios caídos, parecen querer dar salida al fuego que abrasa sus entrañas; sus movimientos son irregulares, y sus piés vacilan como si se resistiesen á sobrellevar el peso de un cuerpo en que el espíritu ha perdido su dominio; y cuántas veces rendidos al peso de esta carga abrumadora, se les vé tendidos á la intemperie y al borde del camino como una bestia de carga á quien el cansancio ha impe-

(1) Souvenir d'un médecin.

dido llegar á su destino. Tan cierto es que el hombre cuando se hace esclavo de sus pasiones se coloca al nivel del bruto y se asemeja á ellos. (1)

El célebre doctor Alibert, en su libro *Physiologie des Passions*, dice: "aquel que se abandona á los excesos del vino y de los licores fuertes, destruye la dignidad humana, pierde el juicio que debe guiarle en los negocios serios de la vida; se rebaja al nivel de los más viles animales por una alegría indecente y desordenada; llega á ofender á sus amigos más queridos, y á dirigir sus ultrajes contra lo que hay de más santo y más religioso; sus furros llegan al frenesí y viene á ser la risa de sus semejantes."

III.

Peró la embriaguez no solamente engendra en el individuo la más profunda degradacion moral, el oscurecimiento de la razon, la pérdida de la inteligencia, el agotamiento de las fuerzas físicas, las enfermedades y la muerte prematura, si no que lleva la desolacion y la desgracia al seno de las familias.

Un bebedor consuetudinario no puede ser ni buen padre, ni buen esposo, ni buen hijo; porque este vicio extingue en el alma esos dulces amores, sin los cuales no puede haber felicidad doméstica. En el hogar del obrero entregado á la embriaguez, son perpétuos huéspedes la miseria, el hambre y la desnudez. *El obrero dado al vicio, no enriquecerá jamás*, dice el libro del Eclesiástico. (2) No se enriquecerá, porque todo el fruto de su trabajo no basta para satisfacer las crecientes exigencias de la pasion. Puede decirse con verdad que el vicioso sólo trabaja para beber; poco le importa que sus hijos perezcan de hambre y tiriten de frío; poco le importa que la esposa á quien se ha unido para hacerla desgraciada, mendigue de puerta en puerta el pan para ella y para sus hijos. Las lágrimas y lamentos de esos seres, por su culpa infortunados, no servirán

(1) Salmo XLVIII, v. 21.
(2) Cap. XIX, 1.

sino para irritarlo y añadir al desamparo los vejámenes y la violencia. Esos seres, cuyo infortunio es mudo acusador de su mala vida, son las primeras víctimas de la hidrofobia que produce el licor; muchas veces un hijo, convertido en fiera, arrastra por el suelo á su padre anciano ó desgarrá el seno que lo concibió para la vida. Ellos beben cada semana y cada día las lágrimas de sus esposas y el pan de sus hijos y hasta la sangre de un hermano ó un amigo, sacrificado al furor exaltado por los vapores de la orgía.

Es de todo punto imposible que con hombres de tales condiciones haya paz, hólcura y union en las familias; porque la paz es inconciliable con el vicio, la abundancia con la disipacion y el derroche, y la union con la desavenencia continúa que origina la mala conducta habitual del padre, del esposo ó del hijo. De aquí provienen la desunion en los matrimonios y el divorcio con sus funestas consecuencias para la prole y para la moralidad de los cónyug-s. Nadie ignora que estas separaciones violentas son casi siempre semilleros de odios, de venganzas, de adulterios, de concubinatos, de abandono de los hijos y de muchos otros resultados dolorosos.

Por una ceguedad inconcebible, los hombres entregados á la embriaguez, renuncian á las suaves alegrías del hogar, las únicas que podían suavizar las amarguras de la vida, y compensar las duras privaciones de la pobreza y las fatigas del trabajo. En las cariñosas sollicitudes de una esposa y en el amor inocente de sus hijos, encuentra el hombre honrado goces sin mezcla de amargura y una fuente de consuelos en las penas de la vida.

Los sufrimientos que el amor comparte, pierden la mitad de su rudez; y no es difícil de sobrellevar la carga de las pesadumbres cuando hay hombros amigos que nos ayuden á arrastrarla. ¡Qué grato y dulce es para el labriego llegar, al declinar la tarde, á las puertas de su hogar tranquilo, despues de las rudas fae-

nas de cada día, donde lo aguardan impacientes su esposa y sus hijos con la pareta cena aderezada y la lumbre encendida y el lecho dispuesto para el descanso! Estas satisfacciones puras son para el hombre de limpia conciencia y de corazón recto, bastantes para hacerle olvidar las penalidades del trabajo y las escaseces de la pobreza. Pero el hombre vicioso se cierra voluntariamente la puerta de estas puras y legítimas satisfacciones por entregarse a los brutales deleites de la embriaguez.

IV.

No son ménos lamentables los males que ocasiona á la sociedad el uso immoderado del vino. La moralidad es un interés primordial en toda sociedad bien organizada, porque sin ella no puede haber bienestar y prosperidad; y la experiencia de cada día nos enseña que la embriaguez abre hondas heridas en la moralidad social. Se habla con espanto de los progresos del pauperismo, que va acumulando en el seno de las sociedades modernas, á la manera de las heces del vino, una muchedumbre de seres desvalidos é inhábiles para el trabajo, que viven en la ociosidad y el abandono, y que son materia apta para todos los crímenes. Muchedumbres que miran con mirada envidiosa la fortuna de los ricos, que están siempre dispuestos para el robo y el pillaje, y que son las primeras en presentarse en los movimientos populares y en responder á la excitación de quien quiera guiarlas al asalto de la propiedad. Si se quiere investigar la causa de este mal, se adquiriría el convencimiento de que en gran parte es la embriaguez habitual el origen del pauperismo, que está viciando como una lepra mortífera el cuerpo social. Este vicio empobrece y hace odiar el trabajo, porque inhabilita para todo esfuerzo intelectual y físico; ¿qué otra cosa es el pauperismo que la miseria unida á la sociedad?

Se lamenta con razon el desbordamiento de la corrupcion en todas las clases de nuestra sociedad, corrupcion que

nos va acercando á los siglos paganos. Sombrío ha sido siempre el cuadro de la perversidad humana; pero á medida que se aumenta la prosperidad material, parece que el cuadro se recarga de sombras más espesas. No diremos que no hay otras causas que influyan en el creciente desborde de los delitos; pero no sería aventurado asegurar que la embriaguez es uno de los factores principales. Y en esta virtud, todo lo que se haga por suprimirla, redundará en beneficio de la moralidad social.

Los legisladores antiguos, mucho más severos que los modernos, castigaban la embriaguez con penas rigurosas, convencidos de los males que origina á la sociedad. Draco, legislador ateniense, castigaba este vicio con la muerte. Licurgo, hacía embriagar á los esclavos para inspirar á la juventud horror por el vino; pero, persuadido de la inutilidad de este arbitrio, mandó arrancar todas las viñas en el suelo de Esparta.

Una ley de Pitaco, rey de Mitilene, imponía doble pena al que cometía un crimen en estado de embriaguez, para castigar el crimen y la destemplanza. Zaleuco, legislador de los Locrios, solo permitía el uso del vino á los enfermos, y castigaba con la muerte al que lo usaba fuera de este caso. Pitágoras privaba á sus discípulos del vino, porque aseguraba que es enemigo de la sabiduría y una predisposición para la locura. Una antigua ley romana sólo permitía el uso del vino á los treinta años. Francisco I rey de Francia expidió un edicto en que castigaba la embriaguez con una pena de reclusión, azotes y destierro.

Resiéntense á menudo los servicios y administraciones públicas de los efectos de la embriaguez. Ella es frecuentemente la causa de terribles accidentes en los caminos de hierro, en las embarcaciones, en las minas y fábricas. Y por eso el tercer presidente de los Estados Unidos, Tomás Gefferson, decía: "El hábito de los licores en los empleados, ha perjudicado más el servicio y me ha embarazado más que cualquiera otra circunstancia."

En virtud de estas consideraciones, los legisladores y todos los que tienen en el Estado la misión de promover los intereses públicos y procurar el bien social, deben arbitrar medidas eficaces para contener los estragos de la embriaguez.

"Para qué sirven, dice el doctor Lavergue, las enormes sumas gastadas por los gobiernos en instruir á los pobres, si dejan á merced de la multitud y al lado de la luz el licor que la extingue ó la hace inútil? El gobierno debe fundar su estabilidad en la moralidad de los ciudadanos, y para conseguirlo debe perseguir por todos los medios posibles á los agentes provocadores de la borrachera." (1)

Para reprimir los males es necesario investigar la causa que los produce. Múltiples son las causas á que debe la embriaguez la excesiva propagación que la mentamos. La primera es el mal ejemplo. Los espectáculos de la embriaguez casi siempre se ostentan en público con el desenfado y desenvoltura de quien ejecuta una acción que le trae honra. Los hijos del pueblo nacen y crecen viendo esos espectáculos dentro y fuera de sus hogares; y tanto se familiarizan con ellos que llegan á considerarlos como actos comunes é inocentes. Y es sabido cuán poderoso es el contagio del mal ejemplo, especialmente en los primeros años de la vida.

Por esta razon, los padres de familia que se embriagan en presencia de sus hijos, son los verdugos y corruptores de aquellos á quienes, por derecho natural y divino, deben formar para el bien y la virtud. El mal ejemplo de los padres autoriza á los hijos para entregarse al vicio, sin que ellos tengan derecho á reprenderlos y corregirlos. Al contrario, los hijos que á causa del mal ejemplo de sus padres, fuésen más tarde desgraciados, tendrán derecho á culparlos de su desgracia y arrojarles al rostro como tremenda acusación el patrimonio de infamia.

(1) De l'Agonie et de la Mort.

fortunios que con sus malos ejemplos recibieron de su mano. Y en vano gemirán las infelices madres por la suerte de sus hijos; pues las lágrimas maternales tendrán ménos eficacia en el corazón de sus hijos que los ejemplos corruptores de los padres, porque estos tienen en su abono las malas inclinaciones de la naturaleza humana.

Otra de las causas capitales de la propagación de la embriaguez es la existencia y multiplicación de esos centros de corrupcion conocidos con el nombre de *garitos, chinchales y fondas*, y que tienen por objeto proporcionar al pueblo pasatiempos perniciosos é incitarlo á todo género de vicios, y donde se la propina veneno con apariencias de licor. Allí se reúnen todos los hombres perversos para entregarse sin tasa ni medida á los excesos de la embriaguez, y estimularse con el ejemplo y el consejo recíprocos para la satisfacción de todas las malas pasiones y perpetración de todo género de crímenes. Puede decirse que allí se encuentran todas las tentaciones para el mal: se entra en relaciones con los hombres más avezados en el crimen y se forman amistades que tienen por vínculo la licencia. Allí se ven esas luchas de egotismo en que se disputa la palma de la perversidad, pavoneándose del mal que han hecho y del que no han hecho con el intento de adquirir la vergonzosa celebridad del crimen. Allí se disipa en la embriaguez y en el juego todo el fruto del trabajo, el pan de la familia y el haber de los hijos con un lujo de prodigalidad que jamás se tiene para lo bueno; y cuando se ha consumido el dinero, la pasión que nunca se sacia, hace sentir todavía sus estímulos, pidiéndose el dinero al robo y á la rapina; y si para obtenerlo es preciso herir, se hierne, si es preciso matar, se mata. Y las más veces esas reuniones de amigos degeneran en querellas sangrientas, y los sitios de divertimento se convierten en campos de batalla. La insensibilidad del corazón, la extinción del sentido moral, el olvido de los deberes más sagrados y de